

S. T. GIBSON

Un LEGADO *de*
SANGRE



DESEO. OBSESIÓN. CONTROL

minotauro

UN LEGADO DE SANGRE

S. T. GIBSON

minotauro

A Dowry of Blood

Copyright © 2021 by Sarah Gibson

An Encore of Roses by S. T. Gibson
Copyright © 2021 by Sarah Gibson

Publicado por acuerdo con Books Crossing Borders Inc., New York,
y Ute Körner Literary Agent

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Gemma Benavent, 2022

ISBN: 978-84-450-1480-6
Depósito legal: B. 13.327-2022
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

PARTE UNO





amás imaginé que acabaría así, mi señor: con tu sangre salpicada sobre mi camisón y fluyendo en riachuelos por el suelo de nuestra habitación. Pero las criaturas como nosotros viven mucho tiempo. No queda horror en el mundo que pueda sorprenderme. Con el tiempo, incluso tu muerte sería inevitable, a su manera.



é que nos amabas a todos, aunque de formas distintas: a Magdalena por su astucia, a Alexi por su belleza, pero yo era tu esposa de guerra, tu fiel Constanta, y tú me amabas por mis ganas de sobrevivir. Me arrebataste esa tenacidad, la rompiste con las manos y me dejaste sobre la mesa de trabajo, como una muñeca disecada, hasta que estuviste preparado para repararme.

Me llenaste de consejos afectuosos; me cosiste las costuras con hilo de tu color favorito, me enseñaste a caminar, hablar y sonreír de la forma que más te gustaba. Al principio, me hacía feliz ser tu marioneta. Me alegraba que me hubieras escogido.

~~Lo que trato de decir...~~

~~Trato de decirte...~~



asta la soledad, vacía y fría, se vuelve tan familiar que empieza a parecer una amiga.



rato de explicarte por qué hice lo que hice. Es la única manera que se me ocurre de sobrevivir e, incluso ahora, espero que estuvieras orgulloso de mi voluntad de persistir.

Uf, «orgulloso». ¿Tengo algún tipo de problema por verte con buenos ojos después de toda la sangre esparcida y de las promesas rotas?

No importa. Nada servirá. Nada más que el relato completo de nuestra vida juntos, desde el estremecedor principio hasta el despiadado final. Temo enloquecer si no dejo algún tipo de testimonio. Si lo escribo, no trataré de convencerme de que nada de esto ocurrió. No me diré que no querías decir nada de eso, que solo fue un sueño terrible.

Nos enseñaste a no sentirnos culpables, a regocijarnos cuando el mundo exigía estar de luto. Así que, nosotras, tus parejas, brindaremos por tu memoria, beberemos de tu legado y sacaremos fuerzas del amor que sentíamos por ti. No nos doblegaremos ante la desesperación, incluso aunque el futuro se presente hambriento y desconocido ante nosotros. Y yo escribiré una crónica. No para ti, ni para un público, sino para acallar mis propios pensamientos.

Te retrataré como eras de verdad, ni como un prístino vitral ni como un fuego impío. Te convertiré en nada más que un

hombre, tierno y cruel a partes iguales, y quizá en el proceso, me justifique ante ti, ante mi turbada conciencia.

Esta será mi última carta de amor para ti, aunque algunos la llamarían confesión. Creo que ambas son una forma suave de violencia, pues dejaré por escrito esas palabras que abrasan el aire cuando se pronuncian.

Si todavía puedes oírme, mi amor, mi torturador, escucha esto:

Nunca fue mi intención asesinarte.

Al menos, no al principio.



legaste cuando la matanza ya se había cometido, mientras los últimos suspiros se agitaban en mis débiles pulmones. El canto ebrio de los asaltantes me llegó con la brisa. Yacía en el barro manchado de sangre, demasiado angustiada para pedir ayuda. Tenía la garganta irritada por el humo y los gritos, y mi cuerpo era una masa sensible, repleta de moretones y huesos rotos. Nunca había sentido un dolor como aquel, y jamás volvería a hacerlo.

La guerra no es heroica, sino cruda y espantosa. Quienes queden con vida después de que el resto haya sido liquidado no durarán demasiado expuestos a los elementos.

Una vez fui la hija de alguien: una chica de pueblo con los brazos tan fuertes como para ayudar a su padre en la herrería y con la mente tan ágil como para recordar la lista de la compra de su madre en el mercado. Medía los días con la luz del sol y las tareas a realizar, y asistía a la misa semanal en nuestra pequeña iglesia de madera. Era una existencia escasa, pero feliz, con las historias de fantasmas de la abuela junto al fuego y la esperanza de que, algún día, llevaría mi propio hogar.

Me pregunto si me habrías querido si me hubieras hallado así: animada, amada y viva.

Sin embargo, me encontraste sola, mi señor. Apalizada hasta verme convertida en una sombra de mi yo anterior y muy

cerca de la muerte. Fue como si el destino me hubiera colocado ahí para ti, como un banquete irresistible.

«De promesas», dirías, «de potencial».

Yo digo que era vulnerabilidad.

Oí tus pasos antes de verte: el tintineo de la cota de malla y el crujido de los restos bajo tus pies. Mi abuela siempre decía que las criaturas como tú erais silenciosas cuando descendíais al campo de batalla para alimentaros de los caídos. Se suponía que erais un terror nocturno hecho de humo, no hombres de carne y hueso que dejabais huellas en la tierra.

Me estremecí cuando te arrodillaste junto a mí y empleé las pocas fuerzas que me quedaban para apartarme. La tenue luz de la noche oscurecía tu rostro, pero, aun así, te mostré los dientes. No sabía quién eras. Solo era consciente de que, si los dedos no se me congelaban y me traicionaban, le arrancaría los ojos al próximo hombre que me tocara. Me habían apalizado y dado por muerta y, sin embargo, no era la muerte quien había venido a reclamarme.

—Tanto rencor y tanta furia. —Tu voz fue como un hilo de agua helada que me bajaba por la espalda. Me quedé clavada en el sitio, como un conejo cautivado por la linterna de un cazador—. Bien. Cuando la vida te falle, el rencor no lo hará.

Me agarraste el brazo con tus dedos, fríos como el mármol, y te lo llevaste a la boca. Con cuidado, me besaste la zona de la muñeca donde el pulso se ralentizaba cada vez más.

Solo entonces vi tu rostro mientras te inclinabas sobre mí y calculabas cuánto tiempo me debía de quedar de vida. Tenías unos ojos afilados y oscuros, una nariz románica y una boca austera. Tu rostro no mostraba señales de desnutrición o de enfermedad, ni había cicatrices de la infancia que se hubieran tornado blancas con el tiempo. Solo una perfección lisa e inquebrantable, tan hermosa que dolía mirarla.

—Dios —pronuncié con voz ronca a la vez que tosía sangre. Las lágrimas se me acumularon en los ojos a causa del miedo y la admiración. Apenas era consciente de con quién hablaba—. Dios, ayúdame.

Gotas de lluvia gris caían del cielo vacío y me salpicaban las mejillas. Apenas las sentía. Cerré la mano en un puño y deseé que mi corazón no dejara de latir.

—Tan decidida a vivir. —Inhalaste como si estuvieras ante algo sagrado, como si de un milagro se tratara—. Te llamaré Constanta, mi firme Constanta.

Empezó a llover a cántaros y me estremecí. La lluvia me atravesaba el pelo y me llenaba la boca mientras jadeaba. Sé que tenía un nombre antes de ese momento; un nombre recio, cálido e íntegro, como una barra de pan negro recién salida del horno. Pero la chica que había sido desapareció en el mismo instante en que me hiciste tuya.

—No durarás demasiado, aunque tengas una voluntad de acero —dijiste mientras me acercabas a ti. Bloqueaste el cielo sobre mí con tu presencia y lo único que veía era la maltrecha insignia de metal que cerraba tu capa a la altura de la garganta. Jamás había visto prendas de ropa tan refinadas o antiguas como las tuyas—. Te han roto, gravemente.

Intenté hablar de nuevo, pero el dolor punzante del pecho no me lo permitió. Una costilla rota, quizá, o varias. Cada vez me resultaba más difícil respirar. Oía un ruido enfermizo y cortante con cada inhalación.

Es posible que acumulara líquido en los pulmones; sangre, quizá.

—Dios. —Con voz ronca, apenas pronuncié unas palabras—. Sálvame, por favor.

Cerré los ojos y las lágrimas cayeron. Te inclinaste para besarme los párpados, primero uno y después el otro.

—No puedo salvarte, Constanta —murmuraste—, pero puedo ayudarte.

—Por favor.

¿Qué más podría haber dicho? No sabía qué estaba pidiendo, aparte de que no me dejaran sola tirada en el suelo mientras me ahogaba en mi propia sangre. Si te hubiera rechazado, ¿me habrías dejado allí? ¿O ya estaba marcada y mi cooperación era una mera formalidad?

Me apartaste el pelo empapado y mostraste la carne blanca de mi cuello.

— Esto va a doler — murmuraste—. Y tus labios pronunciaron las palabras sobre mi garganta.

Me agarré con desesperación. El corazón me martilleaba en el pecho mientras el mundo se desdibujaba. Enrollé mis dedos alrededor de lo primero que encontré: tu antebrazo. Una mirada de asombro se reflejó en tu rostro, y me aferré a ti con fuerza para acercarte más a mí. No sabía qué me estabas ofreciendo; solo era consciente de que me aterrorizaba que me dejaras.

Me miraste fijamente a la cara, casi como si me vieras por primera vez.

—Tan fuerte —dijiste, e inclinaste la cabeza para tomarme, como un joyero lo haría con un diamante tallado a la perfección—. Resiste, Constanta. Si sobrevives a esto, jamás conocerás el agujijón de la muerte.

Posaste la boca en mi garganta. Sentí dos pinchazos seguidos por un dolor punzante que me recorrió el cuello y la clavícula. Me retorcí bajo tu agarrón, pero me inmovilizaste en el suelo, por los hombros, con tus fuertes manos.

Entonces no tenía palabras para describir la forma en que obtenemos nuestra fuerza de las venas de los vivos. Sin embargo, sabía que me habían sometido a un horror indecible, algo que no debía realizarse a la despiadada luz del día. Me vino a la mente un fragmento de una de las historias de mi abuela.

«Los *moroi* no sienten compasión, solo hambre.»

Hasta aquel momento, jamás me había creído sus historias sobre los muertos que salían de la tierra para beber la sangre de los vivos.

No me quedaba suficiente aire en el cuerpo para gritar. Mi única forma de protesta fueron las lágrimas silenciosas que me recorrían las mejillas, pues tenía el cuerpo rígido a causa de la agonía, mientras bebías hasta saciarte de mí.

El dolor, caliente como el yunque de un herrero, me quemaba a través de las venas, hasta las puntas de los dedos de las manos y los pies. Me llevaste al borde de la muerte, pero te

negaste a dejarme caer por el precipicio. Me desangraste, muy despacio, con el control que solo enseñan los siglos.

Fría, sin fuerzas y totalmente exhausta, estaba convencida de que mi vida había terminado. Pero entonces, a medida que se me cerraban los ojos, sentí el tacto de la piel húmeda en mi boca. Abrí los labios por instinto y tosí por el sabor acre e hiriente de la sangre. En aquel momento, no me parecía dulce ni profunda ni sutil. Todo lo que saboreaba era rojo, estaba mal y me quemaba.

—Bebe —me apremiaste, acercándome tu muñeca sangrienta a la boca—. Si no bebes, morirás.

Fruncí los labios con fuerza, aunque tu sangre ya los había atravesado. Ya debería haber muerto, pero, de algún modo, aún estaba viva y sentía un vigor renovado que me corría por las venas.

—No puedo obligarte —resoplaste, a medio camino entre una plegaria y la irritación—. La elección es tuya.

A regañadientes, abrí los labios y permití que tu sangre me llenara la boca como si fuera leche materna. Si aquella iba a ser mi única y miserable salvación, que así fuera.

Un fuego indescriptible floreció en mi pecho y me llenó de luz y calor. Era un fuego purificador, que me abrasaba desde dentro. La herida del cuello ardía como si algún ser venenoso me hubiera mordido, pero la agonía que me provocaban los músculos magullados y los huesos rotos se atenuó y, como un milagro, el dolor desapareció.

Entonces empezó el hambre. Al principio, de forma silenciosa, como un remolino en el fondo de mi mente, como el suave calor de una boca que se hace agua.

De pronto, se apoderó de mí, y no había forma de rechazarla. Me sentía como si no hubiera bebido una gota de agua en semanas, como si ni siquiera recordara el sabor de la comida. Cada vez más, necesitaba el palpitante y salado alimento que manaba de tu muñeca.

Me aferré a tu brazo con los dedos congelados y hundí los dientes en la piel antes de sorber la sangre de tus venas. Todavía

no tenía los colmillos, pero lo hice lo mejor que pude, hasta que apartaste la muñeca de mi boca húmeda.

—Detente, Constanta. Debes respirar. Si no empiezas despacio, enfermarás.

—Por favor —rogué, con voz ronca, pero apenas era consciente de lo que pedía. La cabeza me daba vueltas, el corazón me latía a toda prisa y, en cuestión de minutos, había pasado de estar prácticamente muerta a, más viva que nunca. Para ser sincera, me encontraba un poco mal, pero también me sentía eufórica. Debería estar muerta, pero no era así. Me habían hecho cosas terribles, y yo también había cometido actos horribles, pero estaba viva.

—Levántate, mi oscuro milagro —dijiste, antes de erguirte y tenderme la mano—. Ven y enfréntate a la noche.

Me puse en pie con las rodillas temblorosas, lista para iniciar una nueva vida, una vida de delirio y de un poder impresionante. Tu sangre y la mía se secaron hasta convertirse en copos marrones en los dedos y mi boca.

Me pasaste las manos por las mejillas, tomaste mi rostro y me observaste. Me asombraba la vehemencia de tu atención. Entonces, lo consideré como una prueba de tu amor, ardiente y absorbente, pero he comprendido que tenías más del científico obsesionado que del amante obcecado, y que tus reconocimientos se acercaban más a un examen de debilidad, de imperfecciones y de cualquier detalle que precisara de tu cariño curativo.

Me inclinaste el rostro y me presionaste la lengua con el pulgar para ver el interior de mi boca. Me urgió la necesidad de morderte, pero la reprimí.

—Debes cortarte los dientes o se te encarnarán —anunciaste—. Y tienes que comer bien.

—No tengo hambre —respondí, aunque era mentira. No concebía sentir apetito por el pan negro, el estofado de ternera y una jarra de cerveza, después de todo lo que me había ocurrido ese día. Me sentía como si nunca fuera a necesitar comida de nuevo, a pesar del hambre que me roía el estómago.

—Aprenderás, pequeña Constanta —dijiste con una sonrisa cariñosa y condescendiente—. Te abriré mundos enteros.

Me besaste en la frente y me apartaste el pelo sucio del rostro.

—Te haré un doble favor —añadiste—. Te sacaré de la mure y te convertiré en una reina y te concederé tu venganza.

—¿Venganza? —susurré, y sentí la palabra severa y electrizante en la lengua. Sonaba bíblica, apocalíptica; se encontraba más allá del alcance de la experiencia humana. Sin embargo, yo ya no era humana y tú habías dejado de serlo hacía mucho tiempo.

—Escucha —dijiste.

Me quedé callada y mis oídos despertaron con una nueva agudeza. Oí el tintineo de una armadura y el parloteo en voz baja de unos hombres que estaban lo bastante lejos como para que jamás los hubiera escuchado, pero no tanto como para que no pudiéramos acortar la distancia entre nosotros en cuestión de minutos.

La rabia líquida se acumuló en mi estómago y me iluminó el rostro. La ira me hacía fuerte y se solidificaba como el acero en mis extremidades. De pronto, quería destrozar a todo hombre que había golpeado a mi padre hasta que dejó de moverse, a todo aquel que había prendido fuego con antorchas a nuestro hogar mientras mi hermano gritaba para que se compadecieran de los niños que había en el interior. Quería destruirlos, incluso de una forma más lenta y dolorosa que la forma en la que ellos me habían roto a mí. Dejaría que se desangraran y suplicaran piedad.

Jamás me gustó la violencia, pero tampoco nunca fui testigo de actos tan crueles que exigieran venganza. Jamás había experimentado el tipo de agonía que hace que la cabeza de te dé vueltas y te prepara para arremeter a la primera oportunidad. Llevaría esa víbora en mi interior durante años, y solo la dejaría salir de vez en cuando, para descuartizar a los malvados. Pero en aquel entonces, todavía no me había hecho amiga de la serpiente en mi interior. Me parecía una intrusa extraña, un ser temible que exigía que la alimentara.

Posaste la boca junto a mi oreja, y yo dejé la mirada perdida en la distancia, hacia los asaltantes que disfrutaban de la comi-

da. Incluso ahora, no sé cómo podían cenar a pocos metros de las mujeres y los niños destripados. La guerra es la piedra que muele el sentido común y la humanidad.

—No te oirán llegar —murmuraste—. Me quedaré un poco apartado para asegurarme de que estás a salvo y de que ninguno de ellos escape.

Se me hacía la boca agua y las encías gritaban de dolor. Mi estómago se retorcía y formaba nudos dolorosos, como si no hubiera comido en dos semanas.

Despacio, cerré las manos temblorosas en puños a ambos lados.

Sentí tu sonrisa sobre la piel y en tu voz noté cómo aceptabas el brusco placer de la caza.

—Riega las flores de tu madre con su sangre.

Asentí, con el aliento caliente y entrecortado.

—Sí, mi señor.